

Viaje del tiempo

LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

En 1980 Estados Unidos dedicó un presupuesto de 375 millones de dólares para controlar la producción de drogas ilícitas en otros países e impedir el tráfico internacional de las mismas. 25 años después dicho presupuesto se había multiplicado casi diez veces al ascender a 3.600 millones. Por su parte, los gastos de las fuerzas armadas de ese país, encargadas de hacer un seguimiento al tráfico aéreo y marítimo de las drogas, pasaron de unos 5 millones en 1982 a más de 1.000 millones hacia comienzos de los años noventa. Sorprende entonces que el suministro de opio se hubiese multiplicado por cinco entre 1971 y 1999, y que la producción de coca aumentara casi un 600 por ciento al pasar de 90.000 toneladas métricas en 1983 a 613.400 en 1999. ¿Qué relación existe entre la intensificación de la llamada “guerra contra las drogas” y el incremento que se observa en su producción y tráfico?

Políticos y gobernantes de Estados Unidos, que no quieren aparecer como blandos ante el problema, sostienen que la situación habría sido peor de no haberse emprendido la lucha mencionada. Por su parte, algunas agencias de aquel país apoyan esta campaña porque tienen interés en mejorar unos presupuestos que perdieron importancia al terminar la Guerra Fría. Pero un creciente número de analistas viene sosteniendo que las políticas coercitivas han empeorado las cosas puesto que la prohibición de las drogas ha conducido a gran pérdida de vidas, conflictos violentos, destrucción del ambiente y corrupción.

En su libro de 2007 *Política exterior de los Estados Unidos y guerra contra las drogas*, Cornelius Friesendorf sostiene que un efecto fundamental de la represión ha sido el desplazamiento de la producción y tráfico de drogas, lo cual ha llevado consigo una extensión y agravamiento del problema. Cuando la industria ilegal se traslada de un sitio a otro, aparecen nuevas rutas de tráfico y otros países se ven afectados por el trasiego, el consumo, la violencia, la corrupción y el SIDA. Lo que hasta hace pocas décadas era una situación de cultivo y producción que afectaba a pocos países, es ahora un problema global que ha convertido a casi todos los países en espacios para el tránsito o destinos para el consumo.

Para sustentar su tesis, Friesendorf estudia tres casos: los efectos que sobre el sudeste asiático y México tuvieron las políticas de la administración Nixon para impedir el suministro de heroína originada en la producción de opio en Turquía; la iniciativa de los Estados Unidos y países andinos en los años noventa para combatir el tráfico aéreo de coca de Bolivia y Perú hacia Colombia, uno de cuyos resultados fue el aumento del área cultivada de coca en este último país (un informe de las Naciones Unidas en 2005 muestra que dicha área pasó de 45.000 hectáreas en 1994 a 160.000 en 1999); y, finalmente, el tercer caso examina cómo la política de los Estados Unidos contra las drogas en Colombia ha propiciado el desplazamiento de la industria dentro de Colombia y hacia otros países.

Pero la política de fuerte represión impulsada o impuesta por los Estados Unidos no es la única opción para enfrentar el serio problema de las drogas psicoactivas. En Europa

Occidental se ha desarrollado un movimiento que está dispuesto a sacrificar cierta reducción del consumo de drogas si se logra aminorar los daños y las consecuencias adversas del mismo, y que podría expresarse por la consigna “duro con las drogas, suave con los consumidores”. En un muy completo estudio de las regulaciones al respecto establecidas por diez países europeos, los profesores Robert J. McCoun y Peter Reuter, en su libro *Herejías de la guerra contra las drogas – Aprendiendo de otros vicios, tiempos y lugares*, analizan detenidamente experiencias como el consumo de heroína bajo supervisión, la despenalización de la marihuana y el suministro de agujas. En esos países el problema de la droga es menor que en Estados Unidos.

Todas las naciones europeas prohíben la venta y consumo de las mismas drogas proscritas en Estados Unidos, al igual que persiguen activamente a los traficantes, pero la aplicación en la práctica de las prohibiciones a los consumidores se efectúa de muy diversas maneras. Una conclusión principal de este último estudio señala que la reducción en las sanciones o en la penalización de los consumidores tiene muy poco o ningún efecto en la prevalencia del uso de drogas, pero permite que los sistemas judicial y policial tengan más tiempo para ocuparse de graves delitos. En esta dirección se mueve la recomendación de los ex presidentes Fernando Henrique Cardoso, César Gaviria y Ernesto Zedillo sobre despenalización de la tenencia de marihuana para uso personal y sobre el cambio de paradigmas en el combate a las drogas, pero en dirección contraria se mueve el reciente cambio constitucional en Colombia con respecto a la anterior despenalización de la dosis mínima.

Una reciente encuesta de la Organización Mundial de la Salud en 17 países muestra que una mayor severidad en la prohibición no tiene ningún efecto sobre la cantidad de droga consumida. De otra parte, los tolerantes Portugal y Holanda muestran unos de los índices de consumo más bajos en Europa.

Los partidarios de una prohibición sin contemplaciones suelen exigir a los opuestos a esa opción que pongan de presente las posibles consecuencias de un cambio al respecto. Pero son aquellos quienes deberían justificar la persistencia en una política cuyo fracaso parece cada día más evidente (ver por ejemplo la edición del pasado 7 de marzo de *The Economist*).

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 24 de febrero de 2010